Charlas en la cocina

Leticia E. Santa María Gallegos

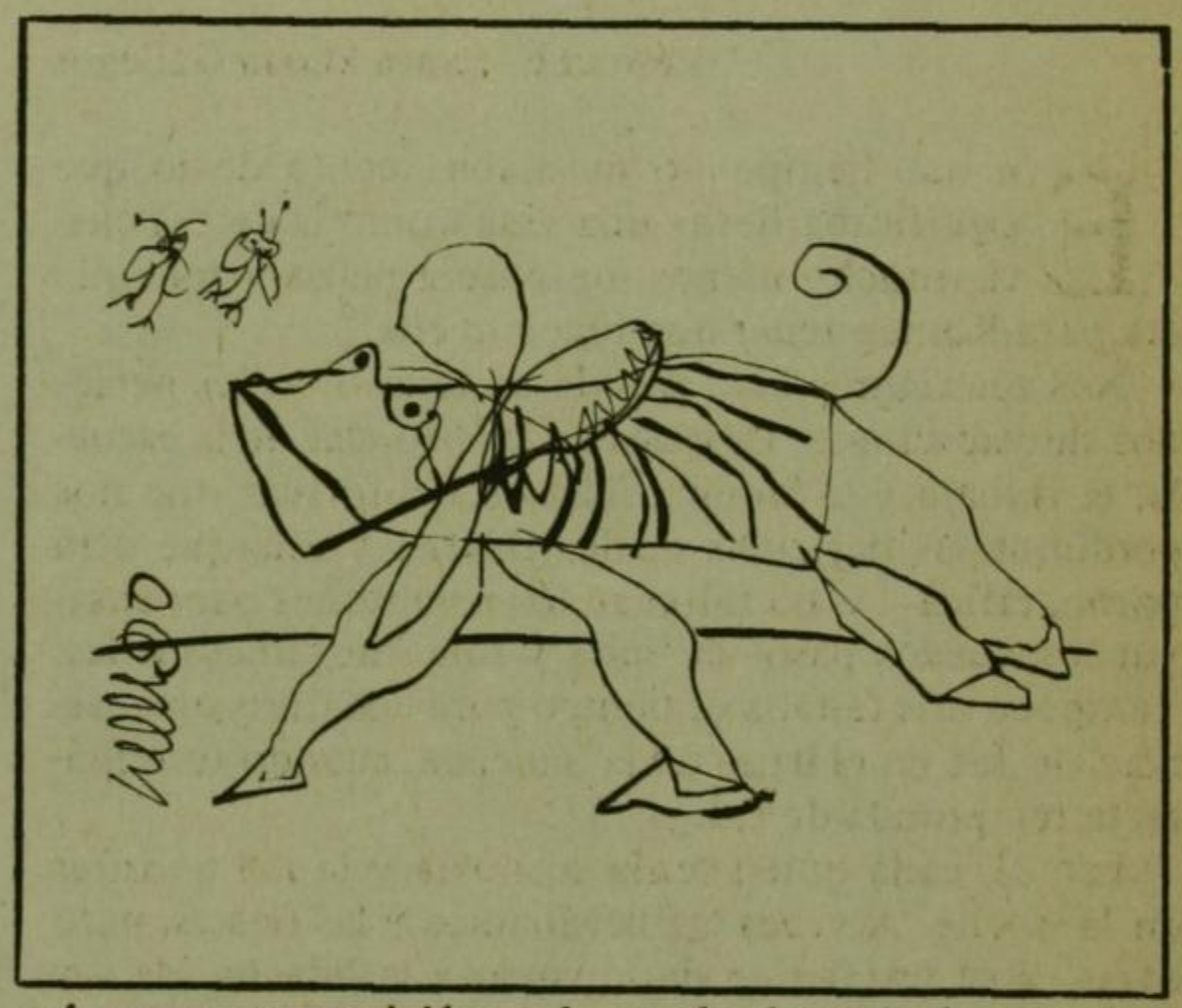
No te imagino consagrando tu vida a los dioses en la castidad absoluta del SIDA en adelante. Claro que es una situación grave, pero por qué mostrarse totalmente pesimista. Mira, a cada quien le ha tocado vivir su propia vida y no porque nuestro momento histórico sea tan adverso nos vamos a negar a ella. Quizá nuestros antepasados no sabían del VIH, pero enfrentaron otros fantasmas que no los llevaron a frenar sus ganas de prau prau prau. Si hubiera sido así, no estaríamos aquí tú y yo, ¿no crees?

Que ya no puedes bajar al río con la confianza que supone tenías antes –porque además ni lo habías hecho–, es relativamente cierto, mas no insalvable. En realidad lo que hace falta es reeducar nuestra libido, si es que la teníamos educada. Ponte a pensar y dime si no es verdad que los momentos más exitantes de una relación sexual tienen que ver con imágenes mentales. Hay tantas formas de sentir placer como sea tan amplia tu imaginación, no los volúmenes o formas.

¿Semejante a un artículo de lujo? Por favor, hermano. Ciertísimo que debemos extremar precauciones, pero no es tan radical y exclusiva la solución. Si ayer no pudiste hacer la ronda a esa chava fue por tu miedo al rechazo –¿o vas a negarme que aún no superas la idea de que algo te hace falta para ser del total agrado de quien te gusta?–, no porque pensaras que el síndrome podía salir de su escondrijo.

Aunque, no creas, también soy consciente de que esa enfermedad vino a reafirmar nuestros prejuicios, que tanto trabajo nos ha costado arrancar. Tienes razón al imaginar que, si antes de cualquier relación genital habrás de asegurar una serie de condiciones higiénicas y ambientales que antes no considerabas, ya no podrás acostarte con parejas eventuales tan fácilmente, porque está en juego tu vida. Por otra parte tampoco confías en que tu compañera pueda guardarse para ti en un posible matrimonio, además de que ni siquiera querías casarte.

Así que sólo te queda proponer fidelidad o castidad absoluta cuando sabes que eso es poco menos que imposible. ¿Será posible? ¿Una chaqueta de vez en cuando, rodeado de recortes de revistas con poses de mujeres voluptuosas y una que otra novela erótica, será suficiente para satisfacer esa necesidad del cuerpo? ¿O piensas recurrir al deporte? Ya lo sé, no me burlo. Es tu inevitable carácter escrupuloso el que te



coloca en esa posición, sobre todo después de que viste esa película que les pasaron en la universidad.

Ya hasta me pusiste a pensar otra vez. Siempre que me enfrento a la información sobre el SIDA me pasa lo mismo. Viene la mirada retrospectiva; la consideración de los posibles portadores, de las condiciones que pudieron propiciar o no la recepción del virus; la búsqueda de argumentos para decir "no pasa nada, no puede ser que personas tan cuidadosas y normales puedan portar tan horrendo destino".

Vuelvo a pensar en cuáles son los motivos que nos impiden decir al compañero que no olvide ponerse el condón o ponérselo con la confianza que nos da nuestro derecho a vivir, cuando, incluso, las medidas de protección incluyen el uso de guantes y otro tipo de aislantes que no nulifican las posibilidades sensoriales, como dices que viste en esa película.

Qué mala onda carnalito, pero no vamos a dejarnos agandallar por la naturaleza. Afortunadamente no somos animales, tenemos la capacidad de adaptar las condiciones externas para disfrutar mejor de nuestra vida, por la que debemos luchar mientras no conozcamos más que esa. Pensemos que lo normal es el contacto intermediado y no la desnudez absoluta. Recuperemos el universo de emociones que, aun sobre el ropaje, es capaz de transmitir una persona. Así hasta reivindicamos a mamá cuando nos advierte que cada quien con sus humores y el *no* a la promiscuidad. Recibamos con benevolencia, pues, las ventajas de vivir en ésta, nuestra edad del látex.

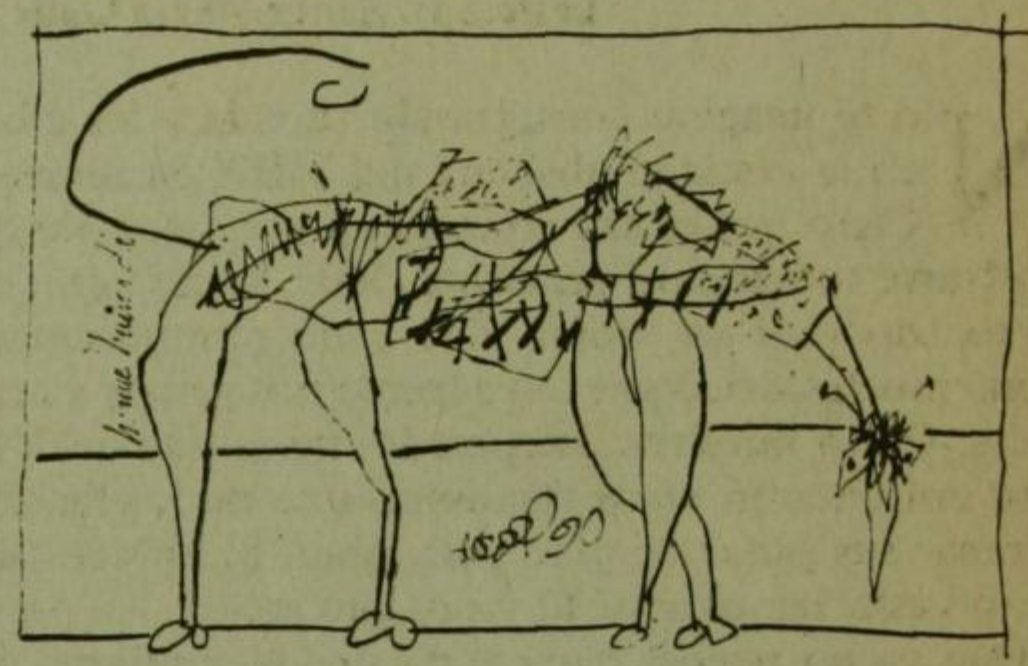
Charlas en la cocina

Leticia E. Santa María Gallegos

En ese tiempo no me daba cuenta de lo que significaba llevar una vida como la de esa chava, mucho menos me puse a pensar en lo que era para Román tener una hija con ella.

Nos reuníamos los fines de semana o en los períodos de vacaciones. Después de las broncas de la escuela, el trabajo y la familia, íbamos a cotorrear –no nos perdimos las películas de los Beatles y una que otra pornográfica– y no faltaban los reventones para ensayar los nuevos pasos de salsa y tomarnos unas chelas. Tampoco nos faltaba el tiempo para echarnos una cáscara de fut en el llano de la Sánchez, cuando terminaba la temporada de la liga.

Eso sí, cada quien tenía su novia y la iba a visitar en la noche. A veces las llevábamos a las fiestas, pero otras, si se trataba de darle vuelo a la hilacha, de ver a quien ligábamos, entonces agarrábamos la onda solos.

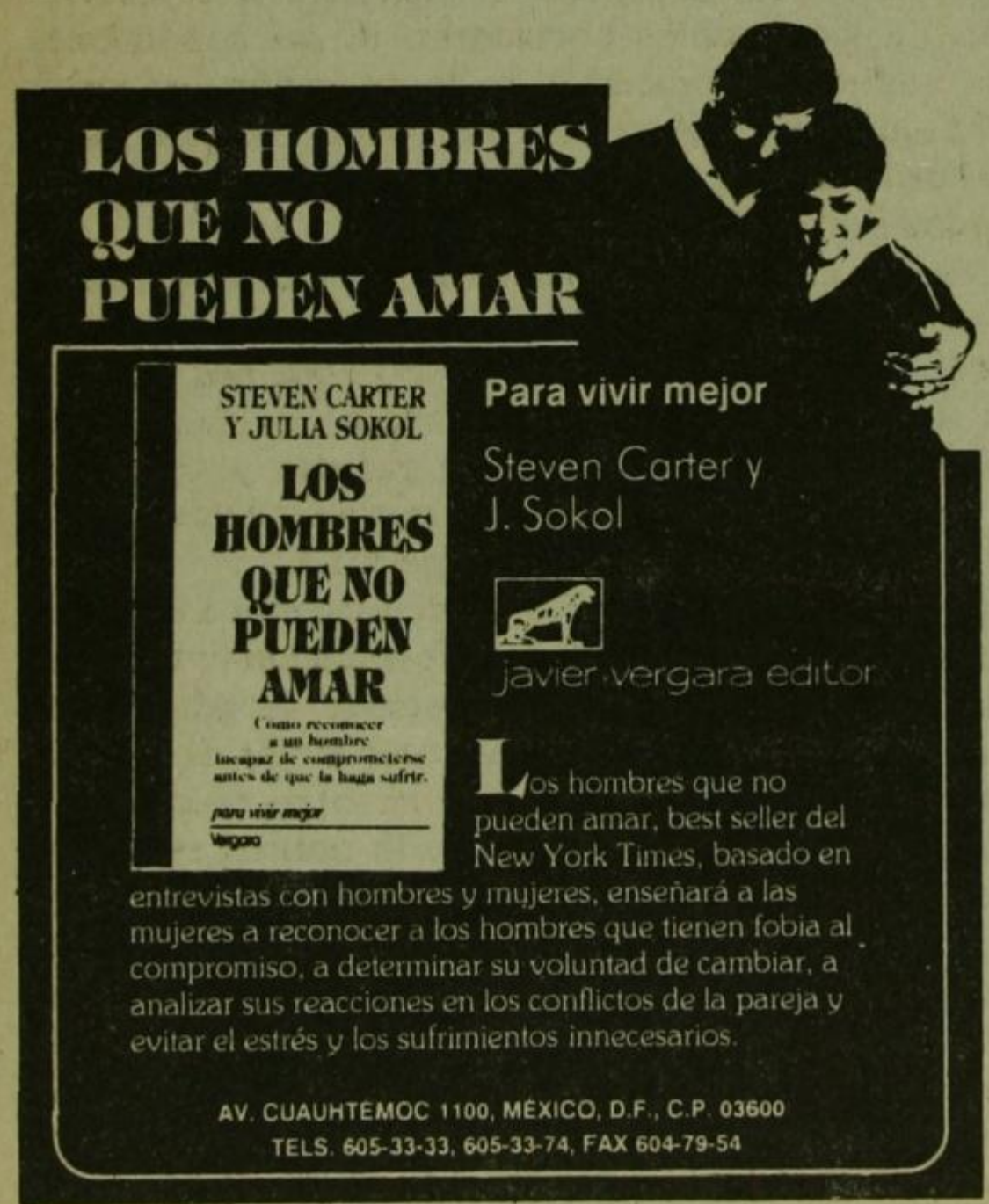


Nos conocíamos nuestras movidas y, si lo ameritaba, las respetábamos. Por eso nunca hicimos comentarios sobre la relación de Román. Era una de esas situaciones que sientes más allá de lo real, como parte de un sueño o de una ilusión que no tiene nada que ver con tu vida.

Quién sabe qué cosas pasarían por la tatema de los demás, pues del asunto corría un silencio obligado cuando nos pedía lo acompañáramos a la vivienda de aquélla.

Después de jugar un rato con la peque, salíamos sin externar algún cuestionamiento. Era su rollo y lo olvidábamos al instante hablando de nuestros cotos y de los errores cometidos en el último partido.

¿Cómo fue? Quién sabe. El chiste es que tenía una chavita con esa trabajadora pública y se me hacía cosa muy rara. La iba a ver más o menos regularmente y cuando no había quién, la cuidaba, porque la ruca tenía que salir.

Nosotros nada más veíamos cómo se ponían de acuerdo sobre el tiempo que tardarían en volver de sus asuntos. Hablaban tranquilos, sin broncas por el trabajo nocturno de la chava. Tampoco se veía acomplejado por tener una niña con ella. Al contrario, la visitaba con gusto y la cuidaba lo mejor que podía. Le llevaba regalos además de la correspondiente cuota semanal que él mismo se ofreció a llevarle.

No cabe duda que mi amigo era especial, porque no es fácil que alguno de nosotros hiciera algo semejante. Tan sólo en mi caso. Cuando pensé en casarme tenía dos opciones, una de ellas era divorciada y tenía un hijo. Yo la quería, pero pregunté a mi madre a quién prefería y por supuesto se inclinó por la señorita. Así fue como me decidí, y eso que nunca fui muy obediente que digamos.